

Sillas negras y esperanza roja

Néstor Kohan

Introducción al libro Seminario *El Capital*

(edición argentina de 2015)

***El Capital*, la manzana prohibida**

Y volvemos a *El Capital*. Siempre regresamos. Cambian las coyunturas políticas, se modifican las correlaciones de fuerza, aparecen nuevas situaciones sociales y nuestra vida individual nos presenta nuevos desafíos. Pero *El Capital* sigue ahí, alimentando la reflexión, el estudio, la rebeldía.

El Capital, un arma fundamental para los que luchan. Un instrumento formidable para intentar pensar, comprender, actuar.

Lo leímos y estudiamos hace mucho tiempo. Nunca en nuestra “disciplina” universitaria de formación inicial (Filosofía, carrera cuya soberbia ignorancia corre pareja, al menos en la UBA de Argentina, con el peor macartismo y eso que es la mejor universidad, en las pivadas es mucho peor). Tuvimos que acudir a Sociología y Antropología para encontrar cursos y seminarios que nos orienten en nuestros primeros pasos. Pero aunque hayan pasado ya muchos años de aquellas primeras lecturas, regresamos nuevamente a sus páginas, sus análisis, sus problemas y categorías. Cada lectura es distinta, renovada, vital. Siempre nos toca el cuerpo, no sólo las ideas.

Luego de estudiarlo durante varios años, en “disciplinas” distintas y con orientaciones muy diversas, comenzamos a participar en el dictado de la materia “Teoría Sociológica Marxista: *El Capital*” en la carrera de Sociología (Universidad de Buenos Aires - UBA). Si mal no recuerdo allí participamos durante unos siete años.

El fantasma de Marx en una Universidad Popular

Después de esa experiencia institucional comenzó a gestarse un proyecto diferente y alternativo, por fuera de la UBA, la Universidad Popular Madres de Plaza De Mayo (UPMPM). Al comienzo funcionó, modestamente, en un bar cultural del barrio de Congreso, en plena capital federal. Un espacio pequeño, acotado, sin grandes pretensiones. Después se fue ampliando. Hasta que el 6 de abril del año 2000 se fundó, formalmente y con invitados del exterior, la Universidad Popular Madres de Plaza De Mayo (UPMPM), proyecto compartido por las madres de plaza de mayo, el escritor Vicente Zito Lema y el historiador Osvaldo Bayer. Aquel mítico 6 de abril del 2000 nació el proyecto de una Universidad Popular “de lucha y resistencia” destinada “a formar cuadros revolucionarios”. Expresiones, ambas, repetidas reiteradamente por su rectora, la principal líder de las madres, que años después, con el cambio de 180 grados que sobrevino en la orientación política, ideológica y pedagógica de la institución, fue borrada del mapa e incluso eliminada y suprimida de las páginas de internet que al comienzo reproducían dicho discurso fundacional del 6/4/2000.

Tres libros, esfuerzo militante y una historia que no se borra

En esa Universidad Popular, fundada con una clara intención “de lucha y resistencia”, el pensamiento y la acción del Che Guevara constituyó el núcleo político inicial y la teoría crítica de Karl Marx condensada en *El Capital* conformó el centro teórico, como un seminario optativo para cualquier carrera que lo quisiera cursar.

Marx complementaba a Enrique Pichon Riviere y la psicología social preconizada por Vicente Zito Lema. También formaba parte de la primera constelación ideológica la educación popular de Paulo Freire y el teatro de Bertolt Brecht.

Dentro de ese abanico nítidamente izquierdista, el paradigma marxista jugaba un rol central. Giraba principalmente en torno al “Seminario de lectura crítica y metodológica de *El Capital*” al que poco después se agregó la “Cátedra Libre Ernesto Che Guevara”, tronco común a las cinco carreras iniciales que allí se cursaban. Ambos fueron más tarde anulados, suprimidos, finalmente ninguneados. Las transformaciones posteriores que padeció el proyecto inicial luego intentaron borrarlos de la memoria popular y militante (así como desaparecieron de sus páginas de internet). Sin embargo, existieron. En ambos participamos como coordinadores. Y aunque el poder institucional suele caer en la tentación de reescribir el pasado modificando a gusto y *piacere* los hechos, las figuras y hasta retocando las fotografías... como alguna vez retrató la novela futurista y distópica *1984*, de ambas instancias quedaron, como testimonio y tal vez como herramientas todavía actuales y útiles, libros escritos. Uno es el que estamos ahora [2015] prologando y publicando nuevamente. Producto de las clases desgrabadas del “Seminario de lectura crítica y metodológica de *El Capital*” que estaba a nuestro cargo.

El otro libro, resultado de las clases que dimos en la otra cátedra dedicada a estudiar y promover el guevarismo y la formación política marxista del estudiantado de la Universidad Popular, se tituló en su primera edición ***Ernesto Che Guevara: Otro mundo es posible*** (edición Argentina de 2003 de editorial Nuestra América), luego ampliado y reeditado en 2005 con el título ***Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder***. (Sus clases desgrabadas a pulmón, en forma militante y sin cobrar un solo peso, estuvieron a cargo del incansable Pablo Kilberg, amigo y compañero, trabajador y revolucionario entrañable cuyo recuerdo siempre llevaremos en el corazón).

También producto de esa otra cátedra de formación política que llevaba el nombre, no sólo simbólico, de Ernesto Che Guevara, surgió el libro que escribí por sugerencia de curas marxistas y educadores populares brasileros, quienes lo tradujeron al portugués y repartieron una edición completa en forma gratuita entre los campesinos en la inauguración de la Escuela Nacional Forestan Fernandes del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil. En su edición argentina llevó como primer título ***Introducción al pensamiento marxista*** (aparecía sin autor, desobedeciendo al editor, amigo y entrañable maestro José Luis Mangieri, quien al editarlo en Buenos Aires con el sello La Rosa Blindada me dijo de forma explícita “Néstor: ¿si vos lo escribiste en forma completa, ¿por qué no lo firmas?”), pregunta que intenté contestar con mil volteretas discursivas y argumentos políticos que hoy me resultan incomprensibles...). Libro que, más tarde, fallecido Mangieri y ya alejado de la Universidad Popular, reedité en varios países con el título ***Aproximaciones al marxismo. Una introducción posible***.

Los tres libros que escribí durante aquella experiencia pedagógica, militante y voluntaria (el de *El Capital*, el del Che Guevara y la introducción al marxismo) testimonian de manera indeleble nuestro aporte militante por más que cualquier

desmemoriado o cualquier manipulador pueda pretender, a posteriori, según las conveniencias de la coyuntura, borrar de la historia por decreto, ocultar, “olvidar” o ningunear. Tres libros escritos al calor de la militancia y que no me llevaron un fin de semana sino años de esfuerzo, estudio, paciencia y trabajo de hormiga (roja, por supuesto). Por ninguno de los tres cobré un solo peso.

Focalizando ahora nuestra mirada en el “Seminario de lectura crítica y metodológica de *El Capital*” recordamos que se dictó durante ocho años de forma ininterrumpida. Era un seminario anual. Muchos compañeros y compañeras, volvían a cursarlo al año siguiente. Entre un seminario y otro, durante las “vacaciones” del año lectivo, dictamos cursos sobre el pensamiento marxista de Lenin, sobre las categorías de Antonio Gramsci y varios más, siempre apuntando a formar militantes de base y, además, en forma secundaria, a juntar dinero para apoyar el proyecto de la Unniversidad Popular, que en sus comienzos se estructuró desde abajo, de manera absolutamente modesta, prácticamente sin estructura económica y a contramano de cualquier financiación privada o vínculo con el Estado. Por lo tanto necesitaba de la cotización militante, de la búsqueda de fondos, del aporte popular. Jamás cobré un solo peso por ninguno de esos varios cursos que, entre un ciclo lectivo y el siguiente, dictaba durante las vacaciones (aunque los cursos se cobraban a los estudiantes, supuestamente, con una finalidad popular).

El círculo endemoniado y alegre de “las sillas negras”

Como la lectura rigurosa y el estudio exhaustivo no tienen nada que ver con la falsa pose de seriedad impostada común a muchos aspirantes a intelectuales que tanta repulsión nos genera, intentamos desde el comienzo promover lo que Eduardo Tato Pavlovsky alguna vez denominó, en un prólogo a un libro del sociólogo de Estados Unidos James Petras, “el marxismo alegre”. Es decir, una mirada y una actitud desacartonada donde el rigor y la seriedad de pensamiento y el compromiso en serio con el estudio sistemático de ningún modo rinden tributo a la impostura intelectual ni a la pose engolada de quienes se escudan en ademanes almidonados, supuestamente distinguidos, para esconder su falta de ideas y pensamiento propio. Por eso, desde el comienzo, acompañamos nuestras clases con la ironía y el humor. Incluso con el juego. Quienes participaron de la experiencia, si acaso se encuentran con este volumen en sus manos, lo pueden corroborar o recordar. Como parte de esas ironías y de esa actitud alegre jugamos con nuestro propio nombre y nos reímos — como siempre hacemos— de nosotros mismos. Parafraseando y jugueteando con los circuitos parisinos que de la mano de Louis Althusser estudiaban en 1965 *El Capital* (alcanzando luego fama y celebridad mundial, puede consultarse la entrevista que le realizamos a Marta Harnecker en un video subido a youtube, que forma parte de la serie de videos **MEMORIA DEL FUTURO: LA TEORÍA CRÍTICA HOY** que hicimos como Brancalone Films), nos denominamos internamente y en broma “el círculo de las sillas negras”, haciendo alusión a los modestos asientos de plástico en los que nos sentábamos en cada clase. “El círculo de las sillas negras” era el código interno, con el cual, en tono de juego, broma y autoironía, nos identificamos y nos autodenominamos quienes nos juntábamos cada semana a leer, estudiar y debatir *El Capital* de Karl Marx, en aquel agitado Buenos Aires del año 2000. Así fue, al menos, durante el primer año de dictado del seminario.

Marx respirando la crisis en Buenos Aires

El público inicial que acudió en carácter de estudiante al seminario fue bien heterogéneo. Hubo, por ejemplo, un viejo economista marxista de los años '70 que al ver que nosotros escribíamos en el pizarrón los nombres de los marxistas que íbamos explicando para que todo el mundo los entendiera y no dar nada por supuesto (es decir, para que el seminario no se convirtiera en un cenáculo esotérico, exclusivo y “para entendidos”), abandonó las clases, sospechando que eran demasiado simples para su nivel. Hasta que más tarde, al comprar las desgravaciones sueltas y leerlas se dio cuenta que ese gesto pedagógico no implicaba populismo alguno ni degradación de la teoría. Se podía ser serio, riguroso y al mismo tiempo compartir el saber para acompañar el aprendizaje colectivo e ir elevando de a poco el nivel entre todos y todas, sin que nadie se sintiera marginado ni rezagada. Al poco tiempo este viejo economista (luego convertido en amigo y compañero) regresó y confesó en público su inicial prejuicio. Siguió viniendo al seminario, contento y feliz. Nos aportó incluso estudios que él había realizado en los años '70 junto con otros marxistas militantes de aquella década (como el hoy mítico Horacio Cifardini, entre otros). Lo recuerdo con gran cariño. Dentro de ese primer grupo también acudieron antiguos y nuevos militantes sindicales clasistas, jóvenes e inquietos estudiantes marxistas, ex militantes revolucionarios que aprovechaban el seminario para volverse a “engancharse” y conectar con la militancia actual, profesoras de escuela secundaria, maestras de escuela primaria, estudiantes universitarios sueltos y sueltas. Algunos de ellos se animaron y comenzaron a impulsar un modesto boletín (impreso en papel) recogiendo pequeños trabajos, aportes, apuntes de integrantes del seminario.

Y, por supuesto, porque no podían faltar..., de ese primer contingente formaron parte gente vinculada a la policía y los servicios de inteligencia locales-nacionales (¿meros informantes? ¿simples buchones? ¿agentes activos? ¿quién sabe?). Estos últimos estaban preocupadísimos por recolectar teléfonos, direcciones, ámbitos de trabajo (de manera un tanto exótica, iban a visitar a cada integrante del seminario a sus lugares de trabajo con cualquier pretexto, un apunte, una bibliografía, etc.). No dejaban pasar nombres ni apellidos, ocupación y todo dato útil de todos y cada uno de los integrantes del seminario, incluyendo, desde ya, el de su coordinador. ¡Se ofrecían hasta para tomar lista en cada clase! (a nosotros jamás nos interesó tomar lista, ni siquiera en las materias dictadas de la UBA, menos en una Universidad Popular). Con poca ingenuidad permitimos que hicieran esa tarea. Así tenían los datos de todos y todas. Estaban dispuestos 100% para el seminario, no tenían horario, a cualquier hora del día, de la noche o de la semana acudían presurosos e incluso eran los promotores de las salidas posteriores a una pizzería, a tomar un vino, a armar reuniones “sociales”, etc. El seminario era **su dedicación y su tarea** full time. No tenían vivienda fija, siempre estaban de paso. Nos dimos cuenta tiempo después; al comienzo, incluso, nos resultaba gente simpática aunque nos llamaba la atención tanta energía allí depositada.

Como el seminario tuvo tanto éxito y aceptación, ganando prestigio dentro de la Universidad Popular e incluso en la Universidad de Buenos Aires (UBA), pero sobre todo en el ámbito militante de izquierda, al año siguiente se difundió y el público asistente fue mucho mayor. Cambió la composición. Hubo menos gente suelta y mucha más militancia social. Era el año 2001, el de la crisis que hizo estallar la Argentina. Aparecieron obreros sueltos, algunos delegados sindicales. Continuaron los estudiantes. Pero sobre todo la asistencia mayor pasó a estar ocupada por las direcciones piqueteras más combativas. Por allí desfilaron, como estudiantes y miembros del seminario, parte de los militantes, cuadros y dirigentes del Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD)

Aníbal Verón, algunos integrantes de la agrupación Movimiento Político Revolucionario Quebracho, militantes sueltos de grupos trotskistas (PTS, MAS), maoístas y del PC. No predominaban peronistas, pero sí los hubo, sobre todo gente que provenía históricamente del peronismo revolucionario. Incluso por allí pasaron y se formaron, cuando eran jovencitos, algunos dirigentes políticos hoy famosos (que salen en la TV y están en todos los carteles callejeros) de lo que años después se llamó “la nueva izquierda” (en realidad, desde nuestro punto de vista, hoy centroizquierda).

Durante ese tiempo compartimos huelgas de hambre en defensa de los presos políticos, sobrevivientes al ataque guerrillero de La Tablada. También participamos de la movida de las fábricas recuperadas, con especial énfasis en la textil Brukman (ubicada a 15 cuadras de la Universidad Popular). La película documental “La toma” de Naomi Klein registra desde varios ángulos que fuimos nosotros, no por iniciativa propia sino siguiendo instrucciones de las dirigentes obreras de Brukman (en particular de Celia Martínez, entrañable compañera), quienes dimos el empujón inicial para voltear las vallas de la policía en el intento por recuperar la fábrica que dio origen a una de las represiones más feroces y masivas que vivió la ciudad de Buenos Aires en aquellos años (con balas policiales a mansalva, gases lacrimógenos, carros hidrantes, perros, autos incendiados, heridos múltiples, presos, etc). Cuando el compañero y periodista Miguel Bonasso sugirió genéricamente que fueron “los servicios” quienes voltearon las vallas policiales para generar represión, acudimos a él y personalmente le aclaramos que no fue así y le pedimos que no siguiera difundiendo esa versión errónea. Él no lo pudo ver, no por mala intención sino porque estaba a dos cuadras, en una estación de servicio. En realidad fueron las obreras de la fábrica recuperada Brukman quienes decidieron recuperar la fábrica a pesar del exagerado e intimidante cordón policial atrincherado como si se tratara de una guerra contra un ejército y así lo intentaron pero como ellas no podían, porque las vallas eran demasiado pesadas y la compañera Celia no era muy alta, nosotros que estábamos al lado suyo (a medio metro) las ayudamos y tiramos por fin la valla inicial. (El registro filmico de Naomi Klein —disponible también en youtube— no deja margen a la duda). No nos dedicamos solamente a estudiar y leer *El Capital*... Tampoco nos quedamos exclusivamente estudiando a los clásicos del marxismo sentados en una silla. Además de hacer huelga de hambre por los presos políticos, también acompañamos la lucha obrera y pusimos el cuerpo en la calle frente a las balas, los carros de asalto y los perros policiales. Al lado de las obreras, codo a codo, tragamos gases y enfrentamos la represión, siempre rápida, invariablemente eficaz, cuando se trata de reprimir al pueblo, no a los poderosos.

En ese clima de rebeldía generalizada y agitación social, resultó interesantísimo propiciar en el espacio del seminario un ámbito de estudio, debate e intercambio sobre el marxismo y *El Capital*, en un ambiente fraternal, respetuoso y sin agresiones, entre compañeros y compañeras de tendencias diversas que jamás se hubieran ni siquiera saludado en la calle. Pero allí logramos una convivencia dentro de la pluralidad multicolor de la “familia revolucionaria”. Sin que nadie abandone su propia identidad, en el seminario y de la mano de Marx, logramos escucharnos, conversar, intercambiar análisis y opiniones.

A pesar de ese clima de pluralismo, que contra viento y marea intentamos propiciar con una actitud ecuménica y fraternal, el Partido Comunista Argentino (PC) nos dedicó en aquellos años un libro entero para impugnar nuestro libro *Marx en su (Tercer) mundo*, donde obviamente no faltaron improperios y descalificaciones, entre las que se destacaba la de “marxismo mesiánico” (Véase Luis y Julio Viaggio: *Volver*

a las fuentes. Por la reafirmación del materialismo dialéctico e histórico. (Una crítica del libro de Néstor Kohan). Buenos Aires, Ediciones de la Asociación Héctor P. Agosti, 2003. Prólogo de Juan Azcoaga. Libro saludado y aplaudido en una reunión del comité central del PC argentino por su secretario general. (Siempre me resultó extravagante y risueño que hayan gastado el dinero que cuesta editar un libro y que lo hayan empleado contra nosotros). Aunque hoy me suena por momentos casi delirante, gracias a dos compañeras —que prefiero no nombrar y que allí fueron convocadas— sabemos que en dicho comité central llegó a realizarse una reunión especial para diseñar una estrategia de confrontación contra nuestro seminario... ¡como si fuéramos “el enemigo”!). No toleraban nuestras críticas a Stalin ni a los manuales soviéticos. ¡Una década después de derrumbado el muro de Berlín seguían defendiendo aquellos manuales a capa y espada! No sólo dilapidaron ese dinero. Por si no les alcanzara, los autores se tomaban además el trabajo inútil de ir a repartir su libro gratuitamente (edición evidentemente subvencionada...) en la librería de las Madres de Plaza de Mayo, por entonces denominada “Librería Osvaldo Bayer”, para intentar contrarrestar en la militancia social nuestra lectura latinoamericanista y heterodoxa sobre Marx y *El Capital* (sin saber que una de las compañeras empleada de la librería, amiga mía, me pasaba los ejemplares...).

El big brother te está mirando

Como en esta segunda etapa el seminario cambió y, sin nunca llegar a ser masivo, logró aglutinar militantes y cuadros dirigentes de lo más combativo de las direcciones políticas, sindicales y principalmente piqueteras, que protagonizaron, en alguna medida, la gran rebelión de diciembre de 2001 (además de varias recuperaciones de fábricas y empresas), los eternos agentes de inteligencia locales fueron acompañados por gente de mayor jerarquía y rango. Llegaron los expertos de verdad. Apareció entonces un hombre rubio con flequillo al costado y cara de angelito inocente, aparentemente muy ingenuo y sólo preocupado por temas académicos. Parecía no estar politizado. Recuerdo que lo primero que me acercó fue un texto de Ernesto Laclau, lo cual me indujo a prejuizar que era un típico estudiante inocuo preocupado por su carrera académica y por debates exclusivamente universitarios. Me equivoqué notablemente. Confieso que lo subestimé. Provenía de una universidad privada y confesional. Cursó el seminario completo y no faltó nunca. Incluso visitó varias casas de integrantes del seminario. No recuerdo si llegó a ir a la mía, creo que sí. Muchos, pero muchos años después, su nombre circuló en medios de prensa, especialmente en algunas editoriales del periódico *Página 12*, pero también en denuncias, artículos, videos y otras formas de comunicación masiva que circularon por las redes sociales, etc. En realidad, detrás de la cara a primera vista inocente, se trataba de alguien vinculado a la CIA. Contrariamente al trabajo simple e inocuo que declaró ante nosotros (y que muy ingenuamente creí y creímos), en realidad trabajaba en agencias de seguridad privada colaterales a la CIA, dirigidas por un “ex” (¿?) agente de la CIA de origen norteamericano vinculado a la embajada del gran país del norte, baluarte, como todos sabemos, de la democracia, el pluralismo y la libertad, que, según diversos periódicos de Argentina, reclutaba jóvenes agentes locales para la agencia estadounidense de informaciones en universidades privadas de nuestro país. Mientras el “Seminario de lectura crítica y metodológica de *El Capital*” se politizaba y atraía a lo más combativo del movimiento social y popular, también lo hacía, en paralelo, la vigilancia que nos controlaba y que, reitero, por entonces nunca sospechamos ni detectamos. Por lo menos en aquella época, hasta que muchos años

después el *affaire* se hizo público. Parece además que luego hizo lo mismo con otros grupos de estudio marxista, anclados en la UBA.

***El Capital* en el cambio de siglo**

El contexto epocal, la situación social, el clima de ideas y los debates que marcaban la agenda en el que fue desarrollado el “Seminario de lectura crítica y metodológica de *El Capital*” eran muy distintas a la actualidad [2015]. Durante el fin de siglo el neoliberalismo comenzaba a resquebrajarse y en el año 2000 recién empezaba a vislumbrarse un cambio en la correlación de fuerzas a escala mundial.

Se cumplía apenas una década de la caída del Muro de Berlín en Alemania (Europa), de la derrota sandinista (en Nicaragua) y de la represión brutal con que fue aplastado el último asalto insurgente a un cuartel militar (en la Argentina, durante el ataque guerrillero de la Tablada). Allí, en ese entonces, terminaba la peor década que parecidos en el campo ideológico. Porque si en 1976 vivimos y sufrimos como país, como pueblo y como comunidad el genocidio más sangriento, cruel y feroz, en el campo de las ideologías todavía el marxismo no había sido triturado. Las fuerzas represivas (policiales y militares), guardianas del orden capitalista local y regional y entrenadas por el imperialismo a escala continental, aplicaban desde 1975 operativos de contrainsurgencia, secuestraban, torturaban y asesinaban militantes, pero sus ideas rebeldes, todavía, gozaban de una relativa vitalidad y atractivo a escala continental y mundial. En cambio en los '90 eran el socialismo, el comunismo, la revolución y el marxismo quienes habían sido —aparentemente— derrotados y aniquilados al punto tal que Francis Fukuyama, funcionario mediocre del Departamento de Estado de Estados Unidos decretaba, nada menos que en nombre de Hegel y Wall Street, “el fin de la historia”.

Durante esa década del '90 las resistencias continuaron. Los zapatistas se levantaron en 1994 contra el nuevo orden mundial y el neoliberalismo, reclamando “un mundo donde quepan todos los mundos”. Pero ni se animaban, quizás por conveniencia política, tal vez por convicción, a tan solo mencionar la palabra “socialismo” y menos aún “marxismo”. El bolivariano Hugo Chávez se rebelaba contra el neoliberalismo pero recién mucho más tarde (en 2004) pudo gritar a los cuatro vientos que su proyecto era el socialismo. La insurgencia colombiana encabezada por las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo) continuaba resistiendo abnegadamente en las montañas, sin plegarse a esa retirada desordenada del comunismo a escala mundial, pero tampoco mencionaban, por entonces, al marxismo y al socialismo. La Revolución Cubana también resistía durante su “período especial”, pero lo hacía como podía, sin insistir ya en su llamado a crear insurgencias por doquier ni a convertir “la Cordillera de los Andes en una nueva y generalizada Sierra Maestra”. Por aquel tiempo, más precisamente en 1992 si la memoria no nos falla, Ernest Mandel visitó la Argentina y dictó una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Mandel, el gran especialista en *El Capital* a nivel mundial se limitó a criticar y cuestionar al neoliberalismo pero hasta ahí llegó (recuerdo el desánimo y la desazón del profesor José Sazbón —erudito especialista en el marxismo—, quien asistió a aquella conferencia la lado mío y la amargura con que se fue al concluir la exposición de Mandel. Cuando le pregunté por su disgusto, Sazbón me contestó “es que ni plantea el socialismo, ya sabemos que el neoliberalismo es malo, pero... ¿y el socialismo?”). Así se vivía entonces el clima de ideas.

Y los Foros Sociales Mundiales, reunidos en Porto Alegre (Brasil), reclamaban con todo su colorido y alegría “otro mundo posible” impugnando al neoliberalismo, al consenso de Washington y al pensamiento único, pero ni por asomo se animaban a mencionar al marxismo y al socialismo. Eran palabras prohibidas. No estaban en la agenda de los debates. No formaban parte de la cotidianeidad revolucionaria. Por supuesto, aunque muchos la anhelaban o la vaticinaban, todavía no se había producido la crisis general del 2008 (según los directivos del Tesoro estadounidense y los grandes gurúes de las finanzas, peor aún que la de 1929).

En ese contexto tan particular desarrollamos el seminario y estudiamos y debatimos a Marx y *El Capital*, con un neoliberalismo debilitado y un posmodernismo que todavía hacía de las suyas, pero sin un horizonte rojo a la vista de nadie. No lo hicimos en cualquier tiempo y lugar. Lo desarrollamos (y luego lo escribimos) en un momento donde este libro y su autor estaban fuera de escena y fuera de época. Marx estaba “olvidado” y el socialismo parecía un delirio. Ni los más radicalizados se animaban a invocar ese fantasma rebelde y su libro embrujado.

¿Capitalismo bueno contra capitalismo malo?

Si a escala mundial ese era el clima predominante de época, donde el hastío y el cansancio popular frente al neoliberalismo todavía no se animaban a invocar a Marx, al socialismo ni al comunismo, en el ámbito específicamente nacional la situación no era muy diversa. Durante toda la década de los '90, nefasta, neoliberal furiosa, privatista y salvaje, continuó la resistencia. Pero se hacía desde banderas que no eran las nuestras. Se cuestionaba el capitalismo neoliberal predominantemente desde un capitalismo keynesiano. Se rechazaba la corrupción menemista, desde un supuesto “capitalismo ético”. Se escupía contra los negociados criollos y las “relaciones carnales con Estados Unidos” (forma brutal de nombrar la dependencia, otro término por entonces prohibido), pero los reclamos no rebasaban la impugnación de “la corrupción” del gobierno anterior, menemista, pero en ningún caso se discutía la hegemonía absoluta del mercado capitalista como regulador social.

Durante los años inmediatamente posteriores al menemismo la resistencia no estaba centralizada en los reclamos del movimiento obrero ocupado sino en las protestas callejeras de una fracción de la clase trabajadora desocupada, organizada en el movimiento piquetero. Recién por entonces comenzaba a generalizarse la toma de fábricas y la gestión obrera de las empresas recuperadas. En el movimiento estudiantil todavía hegemonizaba, en términos generales, la nefasta Franja Morada (versión del menemismo en la Universidad, que le imprimió “un estilo” clientelar y absolutamente domesticado a gran parte del movimiento estudiantil, incluso opositor).

Cuando el seminario se dictó por primera vez, en las clases desgrabadas y corregidas aquí reunidas, todavía no había comenzado el movimiento por las elecciones directas en la carrera de Sociología (donde reclamábamos una persona = un voto, mayoría estudiantil, disolución de claustros). Dicho movimiento, del cual formamos parte activa, aparecería recién un par de años después. Quizás por eso en el seminario sobre *El Capital* no hubo una presencia masiva del movimiento estudiantil organizado o de agrupaciones interesadas en formarse estudiando a Marx. La mayoría, como ya apuntamos, era militancia suelta o provenía de las direcciones políticas del movimiento piquetero más combativo.

Recuperar una herencia perdida u “olvidada”

Desde nuestros primeros libros tratamos de recuperar una herencia “olvidada”. Siempre nos esforzamos por reconstruir los vasos comunicantes con las generaciones de marxistas anteriores a nosotros. A esa tarea le dedicamos varias investigaciones, incluyendo rastreo de archivos y publicación de materiales inéditos (en uno de nuestros últimos libros recuperamos y publicamos escritos inéditos de sociólogos desaparecidos como Daniel Hopen y su crítica del Proyecto “Marginalidad”, entre muchos otros incorporados al reciente *Marxismo latinoamericano y ciencias sociales*).

Este seminario sobre *El Capital* y el libro que recoge sus intervenciones no fueron una excepción. Por eso convocamos compañeros para que expongan sus miradas, muy diferentes entre sí, sobre la principal obra de Marx. El seminario contó como invitados con intelectuales y profesores marxistas, de tendencias diferentes y heterogéneas (unas mucho más afines con nuestros intentos de lecturas, otras simplemente diferentes y algunas más incluso enfrentadas). En dos ocasiones también participaron de los debates sobre Marx, *El Capital* y la revolución representantes políticos de organizaciones insurgentes latinoamericanas que en el año 2000 contaban con representación abierta y legal en nuestro país, aunque sus exposiciones no se incorporaron al libro por razones obvias (hoy uno de esos compañeros se encuentra prisionero por razones políticas en su país de origen). También invitamos al dirigente sindical clasista Gregorio Flores (entrañable compañero y amigo) para que nos cuente su experiencia práctica en la lucha revolucionaria argentina contra el capital y en particular contra la FIAT y otras empresas multinacionales. E incluso organizamos un debate entre dos antiguos dirigentes de la insurgencia argentina de los años ‘70, uno de Montoneros (Eduardo Soares) y otro del PRT-ERP (Carlos Ponce de León). Con ellos leímos y discutimos la histórica polémica teórico-política entre Robi Santucho del PRT y Carlos Olmedo de las FAR. Tanto Gregorio Flores, como Soares y Ponce de León habían sido presos políticos.

Entre los profesores invitados participaron Fernando Martínez Heredia (de Cuba), Michael Löwy (de Brasil, aunque residente en Francia), Enrique Dussel (de Argentina, aunque residente en México), John Holloway (de Irlanda, aunque residente en México) y León Rozitchner (de Argentina, ya fallecido).

Por eso el libro recoge gran parte de las clases (las que reconstruimos y reordenamos), pero no todas las exposiciones propias y ajenas, ni todo lo leído, discutido y debatido en el seminario, que fue mucho más abarcador.

A todo ese caudal, como material extra incorporamos en el volumen una extensa entrevista que le realizamos a Orlando Borrego Díaz (de Cuba), sobre los círculos y seminarios de estudios sobre *El Capital* desarrollados por el Che Guevara en el seno de la Revolución Cubana. Años más tarde, a esa entrevista escrita aquí reproducida, se agregó una entrevista audiovisual donde Borrego amplía el mismo tema, video que forma parte del proyecto **MEMORIA DEL FUTURO: LA TEORÍA CRÍTICA HOY** que hicimos desde BRANCALEONE FILMS: Véase: www.cipec.nuevaradio.org

Finalmente incorporamos nuestra “Carta a las queridas madres de plaza de mayo” (entregada en mano antes de publicarse en internet), con la cual respetuosamente nos despedimos, luego de que nos clausuraran la Cátedra Che Guevara en la institución por ellas dirigida. Creo que leer dicha carta puede aportar a la comprensión de algunos de los debates posteriores que se produjeron años después de dictado este seminario y publicado este libro.

Los límites del artesanado

Toda nuestra vida hemos trabajado de manera artesanal en el terreno de la pedagogía del marxismo. Nunca fuimos rentados ni vivimos de la revolución. Nuestro trabajo siempre fue una tarea militante y voluntaria. Desde mi primera militancia a los 16 años hasta hoy. Este libro no es la excepción. Esa decisión posee incontables ventajas, de las que estamos orgullosos (al no hacer política a partir de una renta ni persiguiendo un carguito, mantenemos una independencia de criterio donde la clave de nuestras opiniones teóricas e intervenciones no pasa por el bolsillo ni nos guiamos por quien paga, lo cual nos garantiza que todas nuestras decisiones sean plenamente autónomas, conscientes y no subordinadas al vil metal). Pero también conlleva algunas limitaciones y deficiencias (como en su época alertó Lenin) que no se pueden soslayar. Este libro tampoco es la excepción en ese rubro.

Concretamente: el seminario original que nosotros dictamos a partir del año 2000 —preparando el proyecto con un año de anticipación y elaborando cada clase con mucho esfuerzo previo— era mucho más largo y extenso que los textos reunidos en este libro. ¿Qué sucedió? Pues que las clases se iban desgrabando y publicando de manera desordenada. La persona que estaba a cargo (que sí cobrara dinero por realizar dicha tarea...) no cumplió su compromiso con la responsabilidad que se requería y que había asumido. Quizás por desideologización, quizás por despolitización, quizás por desidia. ¿Quién sabe? Preferimos olvidarnos del nombre. Como las clases iban siendo grabadas en forma consecutiva pero desgrabadas sin orden, en un momento, con toda amabilidad y dulzura, apelamos a la conciencia de la compañera y le explicamos pacientemente que Marx sigue un método lógico en su investigación, primero, y en su exposición, después. Por lo tanto una clase del seminario correspondiente a septiembre no puede salir desgrabada e impresa antes que una dictada en junio. Si algo posee el autor de *El Capital* es la obsesión por el orden expositivo, de acuerdo al método lógico dialéctico, central en esta obra y también en este seminario. La persona encargada (y rentada, reiteramos) pidió disculpas pero nos solicitó que por favor le tuviéramos comprensión y paciencia, que no avisáramos a la institución, prometiendo enmendar el error. Por solidaridad de clase, así lo hicimos. Sin embargo, los problemas de las desgrabaciones continuaron en forma invariable y muchas clases y exposiciones (nuestras y de invitados) directamente “se perdieron”. Cuando decidimos cortar por lo sano ya era tarde. Los registros habían desaparecido y gran parte del trabajo dilapidado por pura irresponsabilidad. Por eso el libro, corregido a posteriori una y mil veces, es mucho más corto y limitado que el seminario oral original. Quisimos ser indulgentes pero pagamos un costo demasiado caro por esa actitud. Para que el libro mantuviera una lógica interna acorde al objetivo inicialmente trazado se nos multiplicó el trabajo de edición posterior de manera exponencial, lo cual motivó que tuviéramos que permanecer encerrados un verano entero tratando de reconstruir la lógica de las intervenciones orales de acuerdo al plan expositivo que habíamos elegido para explicar las tesis de Marx, intentando no quebrantar la fidelidad al método dialéctico. Trabajamos a todo vapor durante 18 (dieciocho) horas por día durante todo un verano. Nos saltamos muchas comidas para ahorrar tiempo, no veíamos a nuestra compañera de entonces, para que el libro pudiera salir del horno en el momento requerido, ya que iba a ser publicado en una fecha precisa por el periódico *Página 12*. Esa era la promesa, obviamente, incumplida. Las polémicas políticas posteriores impidieron dicha edición que nunca se concretó.

Ediciones perdidas y textos inhallables

Con todos esos “accidentes” en el medio, el presente volumen tuvo entonces dos ediciones en Argentina. Ambas fueron publicadas por la Universidad Popular (antes del cambio de orientación). Jamás cobramos un solo peso. Nuestro aporte de trabajo voluntario duró en total 8 (ocho) años, incluyendo varias ediciones de libros (dos del seminario sobre *El Capital* y varias más [no sabemos con certeza cuántas fueron] del volumen ***Introducción al pensamiento marxista*** reeditado en numerosas ocasiones), así como el dictado de dos seminarios anuales desarrollados en forma ininterrumpida hasta el 2007, cursos extras (de verano), todos arancelados —se suponía que era para mantener un proyecto autónomo del Estado que apuntaba a “la lucha y la resistencia”—.

Alguna vez, luego de que “amablemente nos invitaron a retirarnos”, cancelando por decreto administrativo nuestra Cátedra, con un compañero dirigente piquetero, que también había compartido algunas de nuestras aventuras y desventuras en la primera época de la Universidad de las Madres hicimos un cálculo estimativo. Este compañero, marxista, revolucionario, que fue varias veces preso por sus luchas políticas, proletarizado en un barrio del conurbano y por quien mantenemos todo el respeto político, me sugirió y me ayudó a cuantificar. Entre cursos arancelados, regulares y de verano, más las varias ediciones de nuestros libros, en esos ocho años aporté con mi trabajo militante a la Universidad Popular una suma equivalente, en términos aproximados, a 25.000 (veinticinco mil) dólares. Reitero: nunca obtuvimos dinero a cambio, ni el más mínimo salario (lo cual no impidió que cuando decidieron “darnos de baja” les importara poca cosa todo el aporte brindado, tanto político como cultural e incluso económico, que hice durante tantos años, varios días por semana. Y eso que durante algunos de esos tiempos tuve serios problemas laborales en mis actividades vitales alimenticias). No me arrepiento de la actitud asumida en lo más mínimo. Lo hice por convicción militante y por una decisión consciente, tratando dentro de mis escasas posibilidades, de seguir el ejemplo del Che y el trabajo voluntario que Guevara preconizaba para los militantes marxistas, revolucionarios, comunistas. Años más tarde, en todos los medios de comunicación se abrió la polémica sobre los dineros fáciles que circulaban en ese espacio, mientras quien escribe estas líneas trabajaba gratuitamente cediendo todo... “al proyecto”. Insisto: no me arrepiento. Puedo mirar de frente y a los ojos, con la vista en alto, a cualquiera. Me siento limpio, sereno, tranquilo. Cumplí con el deber y experimento la máxima satisfacción, precisamente, aquella que se siente y se vivencia en carne propia cuando uno cumplió con su deber.

En ninguna pero absolutamente en ninguna de mis discusiones con las madres intervino la cuestión del equivalente general. Siempre discutí con ellas, hasta que me fui, de política. ¡Jamás por dinero! (lamentablemente no todos los casos de disidencias en el seno de este espacio político pueden afirmar lo mismo). Sigo creyendo con José Martí que el verdadero revolucionario no mide jamás ni calcula donde se vive mejor sino de qué lado está el deber. Yo cumplí con mi deber, intentando ser marxista consecuente, revolucionario, comunista.

Si mientras tanto, otros se aprovechaban, hacían viajes exóticos y lejanos, manejaban una lujosa Ferrari o se iban de vacaciones a lugares exclusivos, me importa un bledo. Yo cumplí con mi deber. No fui el único. Hubo otros compañeros y compañeras que se comportaron igual que nosotros. Algunos dedicados al teatro, otros a la educación popular y a la psicología social, etc. Mantengo la amistad con

muchos de ellos. Marcamos un ejemplo y una línea de conducta práctica y cotidiana siguiendo a su vez las enseñanzas y el ejemplo de nuestros mayores (el del Che, en primer lugar, pero también el de Robi Santucho y, si me permiten incorporar parte de mi vida personal —nuestro marxismo es “un marxismo con historia y con sujeto”, como nos enseñaba León Rozitchner—, el ejemplo que aprendí de Abraham Kohan, quien militó toda su vida por la causa del marxismo, la revolución y el comunismo sin lucrar, sin “aprovecharse”, sin perseguir beneficios personales, como bien lo relata en la película donde retratamos su biografía “Sangre roja. Memorias de un médico comunista”, disponible en youtube). No todo es materia fecal en la vida. No todo huele a podrido en Dinamarca. Hay valores irrenunciables. Sigo creyendo en esos valores, a pesar de las derrotas, las frustraciones, los fracasos y las tristezas personales.

El nacimiento de un equipo, Rocinante y Amauta

Aunque participativas y rotativas, durante los primeros años las clases sobre Marx las dicté en soledad. Repartíamos y asignábamos temas y las exposiciones se iban alternando, clase a clase, pero la parte teórica introductoria siempre me correspondía. Con los años fuimos conformando, sobre todo con aquellos compañeros y compañeras que repetían la cursada y ya iban adquiriendo más experiencia, un equipo de trabajo colectivo. Primero dicho equipo se ocupó de *El Capital* y de a poco se fue incorporando también, en forma paralela, al equipo que conformaba la Cátedra Che Guevara. De ese grupo inicial nació el Colectivo Amauta, un proyecto a caballo (y en bicicleta) contra los molinos de viento del capital y las instituciones que lo legitiman. En un principio como colectivo docente, luego como equipo de formación política y más tarde, ya fuera de la UPMPM, como intento (fallido) de organización política, cuyas aventuras y desventuras en fábricas y empresas recuperadas, en la villa del barrio bajo Flores 1-11-14, en la escuela piquetera de Florencio Varela, etc. aún están por recuperarse.

Cuando la dirección de la institución (incluyendo desde Hebe de Bonafini hasta Sergio Schocklender, aunque el comunicado expulsivo nos lo transmitió mediante un escueto, burocrático y sumamente “impersonal” correo electrónico la secretaria académica Inés Vázquez en el mejor tono administrativo para eludir el debate y esconder la decisión política) decretó sin consultar a ninguna instancia académica deliberativa o al menos consultiva clausurar el dictado de la Cátedra Che Guevara, nos fuimos todos juntos, colectivamente. No nos fuimos por un “enojo” o un arrebato irreflexivo, sino producto de una decisión política meditada, discutida y largamente sedimentada.

Años después, en 2011, ya involucrado en escándalos financieros, fraudes millonarios y sumas bochornosas y abismales de “dineros fáciles” que llevaron a la institución fundada en el año 2000 a los tribunales judiciales para festín y regocijo de toda la derecha heredera de la dictadura y los grandes monopolios de incomunicación (deslegitimando de este modo y ensuciando a niveles asombrosos la lucha histórica de las madres de plaza de mayo por los derechos humanos —¿quizás producto de un lento, paciente y sutil trabajo de inteligencia? ¿quién lo sabe?—) el propio Schocklender publicó un libro donde muy alegremente confiesa que le llevó seis años “*erradicar de la Universidad Popular a todos los troscos*”, refiriéndose al Colectivo Amauta y a otros grupos que allí participábamos (Véase Sergio Schocklender: *Sueños postergados. Coimas y corrupción en la patria de los desvíos*. Buenos Aires, Planeta, 2011. página 114). Quizás por desideologizado o tal vez mareado por los billetes

sucios y abundantes, nunca advirtió que nuestra identidad política no era “trosca” sino guevarista, pero bueno, para esta gente eso fue solo un detalle sin importancia. Ya jugaban en otra categoría, en una órbita empresarial, y la ideología valía bastante poco. Para sorpresa y asombro de la militancia rebelde, habían transformado el símbolo más puro e incontaminado de la resistencia popular argentina contra la dictadura militar genocida de 1976 en un emprendimiento empresarial, tratando de ensuciar la lucha de resistencia y en los hechos deslegitimando públicamente a su principal dirigente, baluarte y símbolo durante décadas del campo popular, argentino, latinoamericano y a nivel mundial. Si uno lo piensa y evalúa a posteriori, serenamente, esa deslegitimación política, tiene el perfume inconfundible... de una típica operación de inteligencia. De manual. Había que atacar y hacer trizas lo más “sagrado” en el campo simbólico de la izquierda y así se hizo, ensuciando y quebrando el prestigio histórico ganado bajo la dictadura militar. Demasiada casualidad. A esta altura de la historia... no creemos en casualidades. ¿Cómo fue posible esa operación política? Nunca lo sabremos o quizás se sepa recién dentro de décadas.

En fin. Después de esa “expulsión blanda” y burocrática que motivó nuestra decisión de retirarnos del espacio para comenzar a trabajar en la formación política dentro del ámbito de las empresas y fábricas recuperadas, siempre de la mano de Marx y el Che, nos enteramos que la dirección de la institución pretendió reemplazarnos con algunos personajes de poca monta (de esos mismos viejos stalinistas que habían convocado una reunión conspirativa en un comité central para atacar nuestro seminario). Pero como esta gente no sabía nada del Che Guevara, ya que nunca lo habían estudiado y de *El Capital* sólo habían leído la versión degradada y caricaturesca de los manuales soviéticos, les resultó imposible el recambio. Las cátedras sustitutas se cayeron solas a los pocos meses y el espacio quedó vacío. No fue dramático. Ya Marx y Guevara no hacían falta. Se vivía otro clima, había otras demandas cercanas al mundillo empresarial, acompañadas de mucho dinero y el vínculo con la clase obrera, las fábricas recuperadas o el movimiento piquetero rebelde había quedado en el baúl de los recuerdos, muchos de ellos borrados. Como si jamás hubieran existido. Hasta la librería cambió de nombre y dejó de llamarse “Oswaldo Bayer”.

Como por arte de magia, el libro con las clases sobre *El Capital* desapareció de las estanterías y de las librerías, así como de los stands en la Feria del Libro. Fue entonces cuando se publicó en Cuba, por la editorial de Ciencias Sociales, en gran medida gracias a la iniciativa de Julio César Guanche, compañero y amigo a quien le estamos profundamente agradecidos ya que si bien mantuvimos intercambio de opiniones y algunos puntos de vista diferentes, nos respetó e incluso nos publicó, apelando y ejerciendo la mejor herencia plural de la Revolución Cubana. Lo mismo hizo Guanche con ensayos de amigos nuestros que le sugerimos, como un texto de nuestro amigo y compañero Fernando Lizarraga sobre la teoría de la justicia en Ernesto Che Guevara, igualmente publicado por el sello de Ciencias Sociales en La Habana.

Quizás gracias a la difusión de las editoriales de la Revolución Cubana o tal vez a partir de internet, gracias a la ayuda de nuestro amigo entrañable Luciano Alzaga, nuestras clases y tesis sobre *El Capital* también llegaron a la Venezuela Bolivariana, donde se discutieron en diversos ámbitos, editoriales y espacios de formación política (desde el sindicato petrolero del lago de Maracaibo, donde tenía incidencia el núcleo político del periódico *Debate socialista* con Toby Valderrama y Roberto Carlos Palacios hasta la editorial Trinchera de Amilcar Figueroa en Caracas,

sin olvidarnos de Chris Gilbert y Cira Pascual de la Escuela de Cuadros de Vive TV y las escuelas políticas del Movimiento Continental Bolivariano). Por otro lado, nuestras tesis también circularon en México (donde el libro iba a ser publicado pero la edición se frustró) y en el estado español, así como en Euskal Herria y en Galiza. Michael Löwy, Enrique Dussel, Marta Harnecker, Michael Lebowitz, Samir Amin y otros compañeros acercaron o enviaron sus opiniones sobre diferentes aspectos. Lo mismo hicieron dirigentes y militantes de insurgencias latinoamericanas.

De modo que aunque nació en Buenos Aires en una coyuntura muy determinada, con intenciones y recursos sumamente modestos y más bien artesanales, nucleados en torno al “círculo de las sillas negras”, la experiencia se fue extendiendo e incidió en diversos movimientos, colectivos, destacamentos, espacios y núcleos políticos de los lugares más lejanos.

Reeditar “las sillas negras” quince años después

El mundo en el que vivimos es muy distinto al del año 2000. Y la Argentina también. Si tuviéramos que “retocar” (o “editar” como se suele nombrar en la jerga editorial a los retoques) deberíamos reescribir el libro completo. No lo vamos a hacer porque no nos arrepentimos de nada. Este texto ni fue el primero ni fue el último libro que escribimos sobre Marx y *El Capital*. Muchas de las tesis aquí volcadas las volvimos a examinar en *Fetichismo y poder en el pensamiento de Karl Marx*. Pero lo hicimos desde otro ángulo y con otros interlocutores.

Este libro formó parte de una experiencia militante y pedagógica que quizás, tal vez, quien sabe, pueda resultar útil y productiva también para acompañar a otras personas, militantes y colectivos de una generación posterior a aquella que vivió la rebeldía del 2001, si es que se animan y deciden a leer y estudiar *El Capital*. Como no nos arrepentimos de haber apostado con el corazón, el cuerpo, la mente y el alma a un proyecto político-cultural-pedagógico que fue derrotado, no cambiamos del libro una sola coma. Lo reeditamos tal cual salió publicado en su momento. Sólo agregamos este prólogo que sirve para contextualizar y la Carta de despedida a las madres.

La teoría crítica, la rebelión y los duelos personales

De los muchos libros que hemos escrito y publicado este tiene un significado especial. Más allá de la temática (Marx y *El Capital*, la teoría crítica y el fuego de la rebelión, siempre actuales, siempre renovados) este seminario está cargado para nosotros de enorme significación y rodeado de un núcleo de afectos que siguen latiendo. Nos remite, aunque ya hayan transcurrido una década y media, a una esperanza que no perdimos. Principalmente a un momento de rebeldía colectiva que quedará marcada en la historia y la memoria del pueblo argentino.

Si rememoro y hago un balance, también lo asocio a una apuesta vital y a muchas derrotas políticas (principalmente a un proyecto político-pedagógico-cultural muy radical y ambicioso que se frustró por razones múltiples que habrá que seguir examinando pero que no anulan las intenciones iniciales con que se fundó) así como a tristezas y heridas personales (una pareja que no continuó). Pero igualmente lo vinculo al recuerdo de amistades y compañerismos que se fueron tejiendo, así como también a nuevos proyectos y nuevas experiencias militantes que de allí surgieron y de la cual se alimentaron generando herramientas que fueron útiles para mucha gente, hasta el día de hoy y no sólo en Argentina. Por algo muchas de las tesis aquí volcadas

fueron luego apropiadas y resignificadas por corrientes radicales, contestatarias e incluso insurgentes (sociales, políticas y también político-militares) de varios países.

Ante cada derrota o fracaso hay que levantarse, ante cada herida sangrante hay que tratar de suturarla y lograr que cicatrice, ante cada pérdida hay que esforzarse por elaborar, reflexionar, hacer el duelo y continuar la marcha. Quizás la vida consista, entre otras cosas, en ir resolviendo esos duelos (políticos y personales) sin dejarse caer en la melancolía. Apostando a la vida, a la esperanza (individual, comunitaria y colectiva) y a la revolución, ese sueño eterno que siempre enciende su fuego para luego alejarse en un eterno ir y venir en espiral. En la historia sólo triunfan los pueblos que están dispuestos a dar batallas y guerras a largo plazo, aún padeciendo en el camino dolorosas derrotas.

Si un proyecto se cae, habrá que reinventarlo y habrá, también, que tomar impulso y reinventarse. Asumimos un principio de realidad y tenemos los pies en la tierra. Pero no nos dejamos invadir por la derrota ni por las tristezas. Volvemos a empezar, con terquedad, con persistencia y tenacidad, una y otra vez. Rocinante siempre está listo para una nueva marcha. No nos resignamos. No nos quebramos. No permitimos que nos aplasten ni que nos coopten. Nunca nos daremos por vencidos. Brancaleone no se rinde.

Buenos Aires, Barrio del Once, 12 de noviembre de 2015